

## Flora y fauna de la calle López

Las calles también están hechas de plantas y animales. Aunque con frecuencia se trate sólo de algunos árboles comunes cuyo nombre permanece ignorado, de unos matorrales que sobreviven entre ratas, de perros callejeros que deambulan maquinalmente o de maleza que lucha con el pavimento. La calle Xola, que según la zoología debe su nombre prehispánico a la hembra del guajolote, se distinguía por sus palmeras. El ingeniero geógrafo Carlos Morales Díaz sostiene que cuando se construyó el metro Xola se derribó la casa número 652 de la Calzada de Tlalpan, donde había una de esas palmeras que su dueño, don Agripino Basurto, había traído desde Guadalajara en 1927. Durante mucho tiempo, uno de los rasgos de la calle Augusto Rodin fue un mono que vivía en una jacaranda. La Habana se fundó alrededor de una ceiba.

Una mañana, las abejas invadieron la calle López, uno de cuyos misterios lo representa su nombre. José María Álvarez pensaba que obedece al del doctor Pedro López, fundador de la ermita en la vieja calzada de Tacuba que dio origen al Hospital de San Juan de Dios, llamado más tarde Hospital Morelos, y que creó un leprosario en 1572 para que los enfermos que estaban en el lazareto de San Cosme y lavaban su ropa en su acueducto, ya no contaminaran el agua destinada a la ciudad. Manuel Lumbier, en cambio, se lo atribuye al maestro Felipe López, “director de la escuela Normal, defensor de la patria en 1847, y Regidor en 1868, que vivió y murió en una casa de dicha calle”. Juan de Dios Peza, por su parte, sospechaba que se debía al carpintero Martín López, que construyó algunas naves para Hernán Cortés. La mención de teorías acerca del nombre de esa calle parece un ejercicio común y en ocasiones deriva en juego literario.

El enjambre de abejas no recorrió toda la calle, sino que acechaba en la esquina con Independencia, cerca de la cantina Montmartre. Hasta donde tengo noticia, no atacaron a ningún paseante, sino que durante dos o tres semanas, rondaron un camión con las llantas ponchadas. El secreto de ese fenómeno natural se encontraba en un edificio cercano; el de la Procuraduría General de la República. Según algunos transeúntes, el camión estaba cargado de miel, pero había sido detenido por la policía en una carretera de la frontera porque ocultaba cierta mercancía ilegal: droga.

Como en la de Aranda, en la calle de López abundan las plumas. Podría decirse que conforman el pavimento. Carecen de color y resulta difícil adivinar si lo tuvieron. Su origen, en cambio, se halla con facilidad en las pollerías que llenan el ambiente con figuras insospechadas, entre las cuales a veces se asoma un pico, una cresta y muchas patas. Para evitar confusiones anuncian “pollo en estado natural” o sostienen en grandes letreros que “el pollo más fresco es mexicano”.

Aunque hay pocos árboles y menos pájaros, los pollos espectrales no son las únicas aves que habitan esa calle. Dos buhos (*Bubo virginianus*) vigilan impassibles cerca de la esquina de Puente de Peredo. Moran en una jaula en el Hospital de Anteojos Los Dos Buhos, donde entre lentes y armazones existen también conchas y estrellas de mar, las cuales, se dice, son de mal agüero. Muy cerca de ahí, sin embargo, se alude a un símbolo popular de la suerte en el nombre de un expendio de lotería: El Gallo de Oro.

Uno de los oficios más sospechosos, que surge de pronto en las esquinas y estacionamientos del centro de la Ciudad de México, ha aparecido a veces en López junto al restaurante Villa Rica, en cuyo tapanco, sostiene la

leyenda, solían jugar dominó el comandante Fidel Castro Ruz y el médico argentino y fotógrafo callejero Ernesto Guevara. Me refiero a la venta clandestina de cachorros de perro, que practican ciertos personajes con aspecto indefinido, los cuales anuncian ruidosamente su baratísima mercancía. Quienes han cedido a las súplicas quejumbrosas de sus hijos y han adquirido uno de esos cachorritos, cuentan que pronto demuestran su raza: bastardos de los más horrendos, por lo que no tardan en encontrar su destino en un albergue canino o en el lugar de su procedencia.

Sin embargo, ocho galgos viven desde hace decenios en López. Se trata de los que están esculpidos en los frisos del edificio Victoria, que debe su nombre a la calle con la que hace esquina. Permanecen sentados estilizadamente en la fachada, resguardando un escueto escudo de armas, que preside un león y que quizá no representa a ninguna casa ni a ninguna geografía.

Hay olores que distinguen lugares; a las iglesias, por ejemplo, a los barcos, a algunos recuerdos de infancia. López empieza a oler a café en Ayuntamiento. Más adelante, ese aroma turco se combina con el que se desprende de las “cocinas económicas” y significativamente es vencido en la esquina de Delicias por el poder del cerdo y el tufo de las carnitas del Kioskito. Al final, surge el dominio del Mercado de San Juan, donde se confunden los aromas vegetales con los animales. Resulta difícil sustraerse del de el pescado, que a pesar de la presencia de muchas perfumerías que expelen esencias baratas, apesta la calle, la cual, no es de extrañarse, en la noche se llena de ratas. Según un antiguo morador del centro de la ciudad, sólo en el mítico callejón de Dolores, donde abundan los restaurantes chinos,

escasea ese roedor urbano que también puede servir de apodo.

A veces, la fetidez del pescado se interrumpe por aromas exóticos provenientes de algún puesto en la banqueta, en el cual se amontonan hierbas curativas que prometen milagros con su solo nombre: Damiana de California, Hierba Negra del Perú; Gordolobo para los males estomacales y el mal aliento; Ajo Japonés para el dolor de huesos, la flebitis, el colesterol, el cansancio y la diabetes; Té compuesto para los nervios, el insomnio, la “pesadez de cerebro” (*sic*); Palo Azul para los riñones, el dolor de cintura, espalda, ardor de pies, ácido úrico, artritis, gota, mal de orín, várices, cálculos renales. En otros tiempos, las maravillas que puede obrar esa herbolaria secreta, la cual suele convertirse en brebajes insospechados, las propagaba con alarde el traficante de curaciones con voz de merolico.

Sin embargo, la botánica no siempre es suficiente, por lo que no pocos prefieren añadir al tratamiento la práctica de la oración. En esos puestos de banqueta, junto a las hierbas milagrosas, se venden estampas y devocionarios de santos confiables como el siempre efectivo San Judas Tadeo o más familiares como San Martín de Porres o San Felipe de Jesús, sin faltar los que podrían suponerse inverosímiles, pero no por eso menos dignos de fe, como San Pánfilo o San Cucufato, el cual recupera las cosas perdidas.

También de promesas y esperanzas está hecha la botánica. La siembra y el cultivo de una planta alimentan la curiosidad y su desarrollo suele observarse con detenimiento, a veces con ansiedad, frecuentemente con el deseo de verla crecer, a la espera de que florezca o de su mero embellecimiento. Muy cerca de las hierbas curativas y de los prácticos devocionarios, se venden semillas y brotes de especies muy diferentes: perejil, cebolla,

calabaza bola, chile de árbol o pasto de alfombra. El vendedor diserta con aplomo y menos brevedad que rapidez acerca de la siembra y el cuidado de las plantas.

En la esquina con Arcos de Belén, como un hallazgo, se anuncia una bebida legendaria. Se trata de un fermentado que podría creerse una invención maligna, aunque no faltará quien lamente que ya resulte difícil conseguirlo o que vaya a desaparecer. Su nombre parece un conjuro poderoso o un maleficio terrible, aun cuando lo acompañan epítetos incitantes como “rico” o “exquisito”; obviamente hablo del tepache.

Hasta hace no mucho, afuera de una tienda de abarrotes anidaban indigentes, vagabundos y borrachos, que han sido desplazados por vendedores callejeros, que se apoderaron asimismo de las ruinas de una farmacia, la cual apareció de nuevo en el lugar de la antigua tienda de abarrotes.

En la calle López, sin embargo, los animales también tienen enemigos. No sólo los cazadores aficionados de ratas o los ociosos que se entretienen espantando moscas. Un vendedor sospechosamente discreto ofrece casi con disimulo unas bolitas con un polvo blanco “para matar ratas, cucarachas, chinches, plagas”.

Una fauna se desarrolla y se mantiene oculta en las calles de la Ciudad de México. No se trata sólo de alimañas y mutantes urbanos. De pronto, surgen ejemplares míticos como la Rata Gigante de La Merced (muchos suponen que era una zarigüeya perdida o un tlacuache) o el Monstruo de Coyoacán (se cree que fue el cuerpo de un cachorro de león robado de un circo al que desollaron para vender la piel). De pronto, las casas se llenan de colibríes y, a veces, hay que llamar a los bomberos para que combatan un avispero en alguna

esquina. Cada ciudad, cada calle, posee una zoología y una botánica que va conformando su identidad.